

Consideraciones sociológicas sobre la Argentina en la Segunda Modernidad

Ricardo Sidicaro

Ricardo Sidicaro es Investigador del CONICET, Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Director de la Carrera de Sociología de la Universidad Nacional del Litoral.

Dirección: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Uriburu 950, 6º piso, ciudad de Buenos Aires.

Resumen

En el presente artículo el autor se propone abordar algunos de los problemas centrales de la Argentina actual empleando conceptos y nociones que forman parte de lo que considera un paradigma sociológico en formación que surge de las contribuciones de diferentes autores, especial pero no exclusivamente europeos, preocupados por encontrar nuevas claves de inteligibilidad de las grandes transformaciones nacionales y mundiales registradas en el último cuarto de siglo.

Summary

The present article intends to inquire about some central problems of the current Argentina. In this way the author uses concepts and notions that are part of what he considers a sociological paradigm in formation. This paradigm arises from the contributions of several authors, specially but not exclusively Europeans, interested in finding new keys of in-telligibility of the great world and national transformations registered in the last quarter of the century .

Desde inicios del último cuarto del siglo XX se planteó con persistencia la crisis de los grandes relatos sociales que habían sido movilizados de los imaginarios históricos en los doscientos años precedentes y que marcaron, primero la construcción del estado-nación y la democracia parlamentaria, y luego el crecimiento y el apogeo de los actores del capitalismo industrial y de sus conflictos. Los primeros retrocesos de esos grandes relatos se habían hecho evidentes mucho tiempo antes del comienzo de la discusión sobre la pérdida de su vigencia. Las ciencias sociales, y en especial la sociología, que habían destinado buena parte de sus estudios a las instituciones más características de la fase capitalista industrial de la modernidad se mostraron renuentes, en principio, a preguntarse sobre el eventual fin de esa etapa histórica. Las corrientes de pensamiento crítico eran menos influyentes en el campo académico y entre sus seguidores no pocos mantuvieron el culto a las filosofías de la historia de tipo evolucionista sin interesarse en los cambios sociales que ponían en cuestión sus creencias. Por vías diferentes, el desarrollo de la sociología inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial acompañó el optimismo de la época sobre el desarrollo económico industrial, la ampliación y la generalización de los sistemas políticos democráticos con predominio de las representaciones de los partidos, y la construcción de las instituciones estatales intervencionistas en lo económico y encargadas de funciones sociales de bienestar.

Los gobiernos de los territorios que en el curso del siglo XX salieron de las situaciones coloniales o de los países independientes desde más larga data, coincidieron en sus aspiraciones de consolidar Estados nacionales. La mayor autonomía económica, impulsada por las burguesías locales y/o por las burocracias estatales logró diferentes niveles de éxito según las regiones y las épocas. Siguiendo patrones de desenvolvimiento distintos a los de los regímenes capitalistas, los países con sistemas socialistas, con sus economías centralizadas y su gestión política fundada en el principio de partido único, se expandieron desde la segunda posguerra y fueron un modelo que inspiró, total o parcialmente, a las fuerzas políticas que, en las regiones subdesarrolladas, buscaban forjar Estados nacionales independientes. La tendencia a la formación de grandes actores colectivos fundados en, e identificados con, el mundo del trabajo, fue común en los países occidentales, más allá de los niveles de desarrollo alcanzados. En el plano económico y social, las ideologías intervencionistas y dirigistas, con algunos rasgos distintivos derivados de sus historias nacionales, fueron un elemento presente en la mayoría de las elites gubernamentales. Considerando las ideologías y las prácticas de casi todos los gobiernos occidentales de los treinta años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, puede afirmarse

que el estado-nación y la economía industrial constituyeron la base material y simbólica de sus proyectos y desempeños. Contando con condiciones estructurales relativamente homólogas, en esos países los actores y sus sistemas de relaciones tendieron a ser analizados por las ciencias sociales empleando matrices teóricas que captaban sus características fundamentales, y reconocían comparativamente sus diferencias. El cierre de esa etapa mundial tuvo como principales observables políticos y sociales de nivel macro: en el Oeste, la crisis del Estado de bienestar y la disminución de la importancia política y económica de la clase obrera industrial; en el Este, los colapsos de los socialismos reales; en el Sur, las transiciones a la democracia.

De acuerdo a sus tiempos diferenciales de desarrollo, en el campo de las ciencias sociales la elaboración de conceptualizaciones y de investigaciones sociológicas se encuentra siempre estrechamente vinculada con los cambios registrados en las diferentes realidades sociales y políticas. En los estudios latinoamericanos, los procesos de democratización de los sistemas políticos fueron el primer recorte analítico privilegiado cuando se iniciaron las mencionadas mutaciones mundiales; y luego cobraron importancia las cuestiones relacionadas con el neoliberalismo y sus consecuencias. El primer tema presentó un fuerte sesgo formalista con predominio de los «modelos», y, también, se registró un auge de la filosofía política, asociada a las discusiones sobre los valores y al problema de las dimensiones de la ciudadanía, en fin, ese panorama inicial lo completaron los expertos en ingeniería institucional especializados en la «gobernabilidad» de los conflictos. Con los temas en torno al neoliberalismo, entraron con fuerza los enfoques y los recortes analíticos que encontraban en la esfera económica los límites de la acción política; predominaron las nociones de la estratificación social que, aún usando la terminología de la sociología de las clases sociales, privilegiaron las descripciones basadas en la distribución del ingreso y las estadísticas de las líneas de pobreza, complementados con otros estudios que hacían hablar a los actores mostrando sus sugerentes mundos íntimos.

Desde mediados de los años '70, especialmente en Europa, muchos científicos sociales se interrogaron sobre los grandes cambios sociales y políticos considerándolos como cuestiones complejas que no debían reducirse a la suma de los análisis de los observables empíricos. Se produjo así un notable avance del pensamiento sociológico al unir las múltiples transformaciones registradas en los distintos niveles de las sociedades y proponer nexos explicativos entre ellas, a la vez que para definir la nueva complejidad social se elaboraron teorías distintas a las que habían sido empleadas para indagar acerca de las realidades precedentes. Esos estudios sobre los cambios sociales, políticos, económicos y

culturales de los últimos treinta años, fueron contribuciones teóricas, fundadas en principios epistemológicos y en referencias empíricas no necesariamente coincidentes, que, en principio, conforman un paradigma explicativo nuevo para formular preguntas de investigación sobre las actuales sociedades occidentales, sin descartar, según algunos de sus autores, su pertinencia para otras regiones del mundo que participan de otras culturas. De los científicos sociales cuyas obras confluyen en ese movimiento general de nuevas ideas, probablemente, los más conocidos son Zygmunt Bauman, Ulrich Beck, Manuel Castells, Anthony Giddens, Jürgen Habermas y Alain Touraine, cuya lectura revela coincidencias y diferencias, así como distintas preferencias políticas e ideológicas.

La Segunda Modernidad

Ulrich Beck propuso una construcción típico ideal adecuada, en nuestra opinión, para hacer inteligible las características macrosociológicas de las dos etapas que considera necesario distinguir en el período que va desde el fin de la Segunda Guerra Mundial a la actualidad, estableciendo un corte entre ambas a mediados de la década de 1970. Nuestra época, la que Beck denomina Segunda Modernidad, presenta rasgos específicos en comparación con la precedente o Primera Modernidad. Al respecto, el citado autor sostiene:

«Básicamente la Primera Modernidad se define por la noción de una sociedad que se constituye en el marco de un estado-nación; vale decir que el concepto de sociedad se define esencialmente en términos estatales y nacionales. A su vez, estas sociedades se caracterizan por el pleno empleo, al menos en principio; esto quiere decir que tanto la política social (vale decir la política del Estado de Bienestar) como la organización cotidiana de las biografías tienen como vector el pleno empleo. Otro rasgo de estas sociedades de la Primera Modernidad consiste en que pueden atribuirse identidades colectivas preexistentes, surgidas de la clase, de la etnia o de grupos religiosos relativamente homogéneos. Y, finalmente, esas sociedades se definen por el mito del progreso; [...] se da por supuesto que los problemas generados por el desarrollo industrial pueden ser superados por un nuevo avance de la técnica y de la industria. Este modo de sociedad es puesto en cuestión por una serie de procesos que pueden ser entendidos como una radicalización de la modernización [...] Uno de esos procesos de radicalización consiste en la globalización; este término no se limita para mí a meros procesos económicos sino que consiste en que ya no podemos concebir la sociedad como un contenedor organizado estatalmente. El segundo proceso de radicalización consiste en la individualización [...] vale decir que

las instituciones esenciales, como los derechos sociales y los derechos políticos se orientan hacia el individuo y no hacia los grupos».¹

Para Beck, el otro gran aspecto característico de la Segunda Modernidad es la merma del trabajo asalariado bajo las condiciones que surgen de la globalización y de las nuevas tecnologías de la información. Sobre la confianza de la sociedad en las instituciones políticas y la vocación participativa de la población en las cuestiones públicas, en otro texto, Beck sostiene:

«...en el cambio de valores que estamos viviendo actualmente, y no sólo en las sociedades de Occidente, conceptos como «autoridad», «centralización» y «grandeza» se suelen tomar con bastante prevención. De hecho, cada vez son menos aceptados. En todos los países de fuerte tradición industrial, los caudillos en política están conociendo un gran desprestigio (sin parangón en la historia de las democracias occidentales). Esto difícilmente se puede explicar alegando que los jefes de los partidos políticos, o de los gobiernos, sean hoy menos competentes que los de generaciones precedentes. En esta decadencia de la adhesión política se percibe un cambio fundamental en cuanto a actitudes y percepción de valores. Es el nuevo enfoque del desarrollo y de la responsabilidad personal el que ha desprestigiado toda forma de jerarquía y de sus representantes, independientemente de sus prestaciones personales».²

Los procesos de globalización

Globalización es un término que a medida que se fue incorporando a las reflexiones sobre más dominios de la realidad social diluyó su capacidad explicativa y corre el riesgo de convertirse en un comodín útil para designar los más disímiles fenómenos que, de un modo u otro, se puedan relacionar con el sistema mundial de relaciones entre países. Tampoco es sorprendente que para unos sirva para nombrar las peores desventuras de sus sociedades, en tanto que otros la remiten a las condiciones internacionales que podrían contribuir a superar buena parte de los problemas contemporáneos. En las discusiones en ciencias sociales el acuerdo no es fácil cuando se analizan las novedades introducidas por los procesos de globalización.

Los procesos de globalización presentan en cada país particularidades propias que resultan de sus respectivas historias sociales, políticas, económicas y cultu-

¹ Ulrich Beck, «Políticas alternativas a la sociedad del trabajo», en: *AAVV, Presente y futuro del Estado de Bienestar: el debate europeo*, Buenos Aires, SIEMPRO/Miño y Dávila, 2001, pp.13-14.

² Ulrich Beck, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 163-164.

rales. De allí que en muchas conceptualizaciones que pretenden colocarse en un alto nivel de abstracción es fácil encontrar las limitaciones de las denominadas generalizaciones empíricas, pues reflejan condiciones nacionales o regionales particulares y no son adecuadas para captar analíticamente la complejidad del fenómeno. Esta observación resulta especialmente pertinente ya que cuando se plantean los problemas de la globalización se está haciendo referencia, muchas veces sin advertirlo, a cuestiones muy distintas o se pierde de vista que no todos los efectos de las asimetrías internacionales de poder son fenómenos que corresponden a las transformaciones recientes.

Sin duda, en los últimos decenios la población mundial ha alcanzado un grado anteriormente desconocido de interconexión. Los adelantos tecnológicos realizados en cualquier país repercuten en muy breve plazo, o inmediatamente, en otros muy lejanos. La globalización de la economía y de la cultura, se encuentra directamente relacionada con los nuevos sistemas de comunicación de informaciones que facilitan la circulación internacional del capital financiero y de los mensajes culturales en tiempo real, creando una situación verdaderamente inédita al respecto. No sólo la vida material de las personas sino, también, sus convicciones más íntimas se ven afectadas por acciones provenientes de las antípodas de sus lugares de residencia. Como se ha señalado repetidamente, las categorías de tiempo y de espacio han sido revolucionadas con los procesos de globalización. Es cierto que las interconexiones entre realidades distantes no eran cuestiones desconocidas, pero lo nuevo es la complejidad de los efectos desestructurantes sobre las unidades y sujetos que se vinculan en esta nueva época. Para ampliar lo que afirmamos, digamos que asimilar la nueva situación mundial a la de etapas anteriores, es un argumento que puede tener una cierta validez, pero que se basa en similitudes parciales que obstaculizan la percepción del nuevo sistema internacional. Si bien es evidente que las posiciones subalternas y las predominantes de dicho sistema siguen ocupadas, con pocas variaciones, por los mismos países, se han modificado notablemente los modos de articulación y ejercicio de la dominación y de la desigualdad. Tanto en el campo político como en el económico y en el cultural los actores que producen y reproducen las asimetrías distan de tener características equivalentes a los de épocas precedentes y a ese cambio debe remitirse la explicación de las transformaciones de las viejas modalidades de conflicto.

Los abordajes apologeticos de los procesos de globalización, resumidos en las distintas versiones del llamado pensamiento único, anuncian un mundo homogéneo destinado a equilibrar las desigualdades nacionales a condición de que los países adopten iniciativas políticas, sociales, económicas y culturales que estimulen la integración en la escena internacional. Esa visión de los procesos de

globalización deja de lado las disímiles y opuestas maneras de participación en un sistema internacional en el que, lejos de haber disminuido, se han ampliado las desigualdades y las asimetrías de poder.

Con frecuencia, al abordar los análisis de los procesos de globalización se plantea el predominio de las referencias a cuestiones de orden económico. En parte esto se debe a la importancia ganada por los hechos y las estructuras económicas en el desenvolvimiento de los procesos mundiales, que llevó a creer que la mayoría de los fenómenos podrían explicarse indagando en causas provenientes de esos ámbitos. Por otra parte, con el fin del conflicto Este-Oeste, retrocedió el interés en los análisis de las relaciones internacionales de poder y esa situación favoreció la formulación de explicaciones economicistas. Además, en la medida que con los procesos de globalización adquirieron primacía las ideas neoliberales, se realzó la importancia de los razonamientos en términos de estrategias y de cálculo económicos. Entendemos que las mejores caracterizaciones de las transformaciones de los procesos de globalización son aquellas que sin desatender la importancia de las transformaciones económicas no hacen de esa dimensión la variable explicativa única.

Manuel Castells define la globalización estableciendo la relación entre la nueva economía mundial y la revolución informática:

«En las dos últimas décadas, ha surgido una nueva economía a escala mundial. La denomino informacional y global para identificar sus rasgos fundamentales y distintivos, y para destacar que están entrelazados. Es informacional porque la productividad y competitividad de las unidades o gentes de esta economía (ya sean empresas, regiones o naciones) depende fundamentalmente de su capacidad para generar, procesar y aplicar con eficiencia la información basada en el conocimiento. Es global porque la producción, el consumo y la circulación, así como sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología, mercados), están organizados a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos».³

Parece importante destacar que en los países que alcanzaron mayor nivel de desarrollo económico, los procesos de expansión mundial de sus intereses, o de

³ Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, México, Siglo XXI, 1999, vol. I, p. 93. Por su parte, Benjamín R. Hopenhayn resume la combinación de los aspectos económicos e informacionales en el proceso de globalización financiera: «Sobre las condiciones potenciales ofrecidas por la masa de dinero móvil, con la liberación institucional se descarga el impacto de la revolución tecnológica en la informática y en las

comunicaciones. Los cuantiosos fondos acumulados en instituciones altamente desreguladas circulan entonces globalmente a través de los satélites que unen los mercados financieros del mundo las 24 horas del día», «La globalización y los países periféricos», en: Revista *Enoikos*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, 1999, p. 78.

globalización activa, que llevan adelante sus grandes empresas privadas son el resultado de la disponibilidad de grandes capitales, de los avances en materia de ciencia y tecnología, y del respaldo que reciben de sus respectivos Estados, al que se suman, en determinados casos, el poder de intervención de organismos internacionales tales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. La posición activa en la estructura del mundo globalizado les permite a dichos países recoger beneficios provenientes de la acción de sus empresas y capitales internacionalizados y mejorar sus exportaciones sin dejar, en ciertos rubros, de implementar mecanismos proteccionistas para impedir la entrada de productos importados, violando la libertad de comercio que pregonan. Las relaciones de los actores privados más dinámicos internacionalmente de Europa y de los Estados Unidos con sus respectivas sociedades no son, siempre, de plena armonía y acuerdo. La propensión a invertir en el exterior o a declarar ganancias en los «paraísos fiscales» es una cuestión conflictiva, y los más perjudicados –ya sean asalariados, empresas o sistemas tributarios estatales– suelen expresar protestas y objeciones ante esos aspectos de la globalización. De todos modos, y para evocar un ejemplo más que ilustrativo, es evidente que las transferencias de riqueza a los países centrales crean condiciones que favorecen a la mayoría de la población residente en los mismos, si bien esto no significa que exista una distribución homogénea de esos beneficios.

La pérdida de legitimidad de las organizaciones de representación política

El problema de las organizaciones de representación política y de su legitimidad se convirtió en objeto de numerosas preguntas y reflexiones académicas y sociales en los decenios recientes, en parte, por la aparente contradicción entre el hecho de que las decisiones públicas afectaron de modo permanente y creciente la vida de las personas y, por otro lado, el notorio desinterés de los ciudadanos por mantener o aumentar sus niveles de participación en las organizaciones partidarias y sindicales. Por su parte, cabe recordar que el desenvolvimiento de los movimientos sociales que en algunos países y determinadas circunstancias convocaron a un nuevo tipo de acción en la escena pública no reveló, tampoco, un nivel de involucramiento de cantidades de sujetos comparables con los anteriormente alcanzados por las convocatorias de los grandes partidos y movimientos políticos de estructura tradicional de las más diversas ideologías. Ronald Inglehart, en su libro *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, resume su investigación internacional comparativa sobre la situación de los sistemas políticos contemporáneos, entre los que se incluyó el argentino:

«Estamos alcanzando los límites del desarrollo de las organizaciones burocráticas jerárquicas que en buena medida crearon la sociedad moderna. El Estado burocrático, el partido político disciplinado y oligárquico, la cadena de montaje en la producción, el sindicato de vieja línea y la corporación jerárquica hicieron posibles la Revolución Industrial y el Estado Moderno. Pero la tendencia hacia la burocratización, la centralización y la propiedad y el control estatal se están invirtiendo, en parte, debido a que está alcanzando los límites de su eficacia y, en parte, por el cambio de prioridades entre los públicos de las sociedades industriales avanzadas. La confianza pública en estas instituciones se está erosionando en todas las sociedades industriales avanzadas».⁴

Entre las principales dimensiones empíricas a las que se remite al analizar la simultaneidad de los procesos nacionales de cambios políticos, sociales, económicos y culturales, el tema de la globalización ocupa un lugar preponderante. Ese proceso internacional interiorizado en las sociedades nacionales se expresa y se observa en el debilitamiento de los estados-nación, elemento clave para entender lo que sucede en la esfera de la política de los países de tradición occidental. En la mayoría de esos países, las ideas acerca de la condición de ciudadanía, de Estado de «interés general» y de representación democrática sobrellevaron durante mucho tiempo con éxito las críticas que recibían de los extremismos de derecha y de izquierda que denunciaban el carácter meramente «formal» de la igualdad política, la dominación «plutocrática» o «burguesa» ejercida por los aparatos estatales, y la ausencia de una «verdadera» representación de los intereses mayoritarios de la sociedad en los cuerpos parlamentarios. Los partidos y movimientos totalitarios de derecha consiguieron, entre las dos guerras mundiales, audiencias abundantes con sus prédicas antidemocráticas, en tanto que en la inmediata segunda posguerra creció, en algunos países de Europa occidental, la aceptación de las críticas marxistas a las instituciones democráticas. Esas críticas y los partidos e intelectuales que las sostenían perdieron su relativa eficacia, un tanto paradójicamente, contemporáneamente a la aparición de los efectos de los procesos de globalización que deterioran el reconocimiento social de los aparatos estatales y de las instancias de representación política clásicas de la democracia.

¿Es sorprendente que la declinación de las capacidades políticas, burocráticas, económicas y técnicas de las instituciones estatales que habían sido propias de la Primera Modernidad sea un factor, no el único, que afectó negativamente el

⁴ Ronald Inglehart, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, España, CIS/Siglo XXI, 1998, p. 434.

reconocimiento social y la convocatoria de los partidos políticos, más allá del color ideológico, que competían por la dirección de los gobiernos y, claro está, por los privilegios materiales y simbólicos ligados al ejercicio de las funciones públicas? En los países menos desarrollados económicamente, los estados-nación perdieron poder de negociación frente a los capitales internacionales, y en buena parte de los más avanzados, los pactos regionales como la Unión Europea condujeron a la transferencia de la toma de decisiones claves a las autoridades burocráticas de gestión comunitaria, lo que supuso, objetiva y subjetivamente, para sus habitantes una restricción de sus esferas de participación ciudadana. Los partidos políticos recibieron las consecuencias directas de la reducción de sus funciones en las tomas de decisiones y del decaimiento de las creencias en la eficacia del sufragio. Los límites evidentes de las capacidades de acción de los aparatos estatales nacionales hicieron más realistas y menos doctrinarios los discursos oficiales. Las tradiciones nacionales elogiando la grandeza de las patrias, se revelaron desactualizadas, pues, en general, se habían basado en el recuerdo emotivo de las guerras contra los vecinos o en beligerantes hipótesis de conflicto. Los partidos políticos, que se habían disputado el control del Estado para conducir a las naciones asegurando que poseían el mejor programa para afianzar la soberanía nacional, los intereses de la población en general o de sectores sociales determinados, no pudieron escapar a las consecuencias del debilitamiento en los imaginarios colectivos de la idea de la fuerza de los estados nación. En el viejo continente, los neofascistas pretendieron, con escasos resultados, reavivar los nacionalismos, en América Latina, la metamorfosis de los partidos y movimientos populistas reveló que la modificación de sus anteriores posiciones ideológicas nacionalistas no despertaba mayores descontentos en sus adherentes, cuyo interés por la defensa de las viejas convicciones se había, igualmente, debilitado.

Las observaciones de los autores que se interesan en los cambios registrados en las relaciones entre la sociedad y las instituciones políticas tienden a coincidir en el hecho de buscar la explicación de lo sucedido poniendo el foco de atención en los contextos generales y en las transformaciones de los tejidos sociales. Alain Touraine, pionero en la indagación de nuevas claves sociológicas para explicar los modos de acción emergentes y los cambios de los actores y de las estructuras cuya presencia y gravitación declinaban, reflexionó conceptualmente en distintas obras sobre el lugar de los partidos políticos no sólo en los países más desarrollados sino, también, en aquellos que ocupan posiciones secundarias en el sistema mundial. Una buena síntesis de las perspectivas actuales de Touraine sobre la modificación de los roles de los partidos políticos es la siguiente:

«A partir de que se aceleró la globalización de la economía, la revolución tecnológica y la aparición de nuevos países industriales, es la realidad económica la que parece dirigir el mundo y sus transformaciones, mientras que las ideologías se desmoronan y las políticas se hacen más pragmáticas [...] Los partidos políticos se han transformado en agencias electorales y no representan más a los movimientos sociales, al igual que no se hacen defensores de un proyecto de sociedad. La vida política es dominada por los programas económicos de ajuste estructural y sus consecuencias».⁵

Los análisis de Touraine apuntan a estimular la creación de nuevas formas de pensar la política, para actuar en consecuencia, con el explícito rechazo de los determinismos que aceptan las situaciones mundiales y sus efectos nacionales como un dato inmodificable y ante el que sólo cabe una resignada aceptación; su óptica se define, también, contra los críticos de los procesos de globalización, que describen un mundo en el que las sociedades nacionales se encontrarían frente a una situación de dominación que penetraría profundamente los intereses, los gustos y las conciencias de modo tal que todas las fuerzas de resistencia se «disuelven en una marea de manipulación, seducción y represión».⁶

La tendencia al crecimiento de la autonomía de los individuos, que se alejan del acatamiento a las tradiciones, cuestionan las jerarquías burocráticas y buscan nuevos valores, creó, naturalmente, dificultades para la subsistencia de los partidos políticos consolidados durante la Primera Modernidad en las democracias occidentales. Al debilitarse los tejidos sociales a los que se hallaban vinculados los diferentes partidos, la representación política se hizo más difícil. Los partidos con ideologías más fuertes y cerradas dejaron de satisfacer a los sujetos a los que anteriormente les habían brindado una narración aceptable y verosímil de su identidad, sus intereses y de sus antagonistas. La acción del representante creando al representado y ofreciéndole un punto de vista que éste consideraba propio, paulatinamente se hizo inviable con la fragmentación de los colectivos sociales. En nuestros días, con el aumento de la complejidad y la diferenciación de las sociedades modernas, no sólo se debilita la materialidad de los tejidos sociales que unificaban y organizaban dimensiones claves de la vida de las personas, sino que el individuo autónomo y constructor de su propia biografía se ha convertido en un valor respetado y estimulado culturalmente en la Segunda Modernidad. La estructura laboral de la Primera Modernidad, el

⁵ Alain Touraine, *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, Paris, Fayard, 1997, p. 353.

⁶ Al respecto, ver: Alain Touraine, «Préface a la nouvelle édition», de *Le retour de l'acteur*, Paris, Le livre de poche, 1997, p. 9.

capitalismo industrial preinformatizado y preflexibilizado, fue una matriz que sujetó a los sujetos de los sectores populares en sentido material y simbólico. Las ideologías que les hablaban de su existencia y destino colectivo reforzaban en esos sectores las tendencias a la homogeneización. Desde hace un cuarto de siglo, el crecimiento de la heterogeneidad y de la fragmentación del mundo del trabajo se articuló con los discursos que con distintos objetivos estimularon la desconfianza en la acción colectiva y la defensa de los intereses individuales. Con el paso a la nueva época de la modernidad, en los sectores genéricamente conocidos como clases medias, se multiplicaron los estilos de vida y decayó la influencia de los patrones de comportamiento que en épocas precedentes los habían dotado de una relativa unidad. Tampoco esos sectores pudieron ser convocados políticamente desde el imaginario pequeño-burgués que traducía sus aspiraciones individuales en discurso político. Los partidos que pregonaban la defensa del orden no sólo se encontraron con la creciente heterogeneidad que trajeron los procesos de globalización a los intereses de los actores con mayor poder económico y de los agentes que giraban directamente en su órbita de negocios y cultural, sino que, ante los nuevos problemas nacionales e internacionales, se fue convirtiendo en casi imposible retener los sufragios de los sectores que sin contar con mayores privilegios se identificaban con ellos.

En fin, en el declive de las pasiones ciudadanas, hay acuerdo entre los analistas que no fue menor la contribución de los medios de comunicación política que sustituyeron las concentraciones casi religiosas de antaño por los mensajes y propagandas televisivas autoadministradas, a voluntad, por las aisladas audiencias mediante la simple y solitaria mediación del control remoto.⁷ Mientras la televisión, con su estructura narrativa artificial, se convertía en el vínculo favorito de una estrategia de comunicación política que debía decir poco o nada para tratar de llegar a muchos espectadores que se interesaban, igualmente, poco o nada en las escuetas definiciones de los partidos, se generalizaba la llamada crisis del militantismo.⁸ Las antiguas tareas vocacionales, a falta de motivaciones ideológicas, se convirtieron en profesionales, y las compensaciones económicas, presentes o prometidas, pasaron a asegurar las endeables lealtades de membre-

⁷ Tal como lo señaló con tono irónico Richard Sennet: «Los medios de comunicación masiva aumentan infinitamente el conocimiento que la gente tiene con respecto a aquello que acontece en la sociedad e inhiben infinitamente la capacidad de la gente para convertir dicho conocimiento en acción política. Uno no puede replicarle al aparato de televisión, sólo puede apagarlo. A menos que usted sea una especie de chillado y telefonee inmediatamente

a sus amigos para informarles que ha desintonizado a un político detestable y urgiéndoles a que apaguen sus aparatos de televisión, cualquier actitud de respuesta que usted haga es un acto invisible», Richard Sennet, *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1978, p. 617.

⁸ Al respecto, ver Pierre Bourdieu, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997.

sías, ocasionalmente acrecentadas en las coyunturas electorales más densas de sentido, por amateurs movidos por valores de más trascendencia que aquellos instalados permanentemente por las dirigencias partidarias.⁹

Reflexividad social y crisis de sentido

Entre los aspectos elaborados por las nuevas teorías sociológicas existe uno particularmente importante que, en buena medida, se encontró en el horizonte de las discusiones fundadoras de la disciplina en torno a la pregunta sobre la visión de la sociedad de quienes viven en ella, a la que se ofrecieron múltiples, y alternativas, respuestas. Anthony Giddens resume una perspectiva con la que, en parte, concuerdan las opiniones de otros autores que proporcionan claves para la inteligibilidad de las sociedades modernas. Según Giddens, en una sociedad «que elimina las tradiciones, los individuos deben acostumbrarse a filtrar toda clase de datos significativos para sus situaciones vitales y actuar habitualmente en ese proceso de filtrado». Específicamente sobre la relación entre la reflexividad social y la esfera política, el citado sociólogo sostiene que «los viejos sistemas burocráticos empiezan a desaparecer, son los dinosaurios de la era post-tradicional. En el terreno de la política, los Estados ya no pueden tratar tan claramente a sus ciudadanos como «súbditos». Las exigencias de reconstrucción política y de eliminación de la corrupción, así como el amplio descontento con los mecanismos políticos ortodoxos, son todas, en cierta medida, expresiones de una mayor capacidad social de reflexión».¹⁰

Por su parte, Alain Touraine ha acordado en sus obras una importancia creciente, en tanto signo de nuestra época, al «retorno del actor», sujeto individual o colectivo, que asume una presencia activa en la escena pública y cuya expresión emblemática fueron los movimientos sociales. Los conceptos tourainianos tienen gran utilidad heurística para establecer relaciones entre las transformaciones operadas en los planos macrosociales y aquellas producidas en la subjetividad, de los actores individuales o colectivos, cuyos efectos se proyectan en los más disímiles órdenes de la vida. En especial, el énfasis puesto en la perspectiva que sostiene que los actores se construyen en sus relaciones y conflictos conduce a evitar los errores de las definiciones ontológicas que, al

⁹ Sobre las transformaciones de las organizaciones de los partidos occidentales, ver Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza, 1990.

¹⁰ Anthony Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 16. Para los

diferentes sentidos dados a la idea de reflexividad social, ver Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI, 2002, cap. 6, «¿Conocimiento o desconocimiento? Dos perspectivas sobre la modernización reflexiva».

naturalizar la existencia de los mismos, impide captar la dimensión creativa de su acción y su propio proceso de autotransformación. En la época actual, esas ideas son un punto de partida indispensable para comprender la creación de nuevos actores y las tensiones producidas por sus prácticas que, directa o indirectamente, se despliegan como resistencias a las nuevas y viejas estructuras de dominación y, las que han aparecido con el apogeo del neoliberalismo y los procesos de globalización.¹¹

Las ideas que consideran que la reflexividad social se instaló en los comportamientos de la época presente no necesariamente son compartidas por autores que, sin embargo, coinciden en adjudicar importantes consecuencias a la multiplicidad de enfoques culturales e interpretativos que caracteriza a la actual etapa de la modernidad occidental. Peter Berger y Thomas Luckmann, en su libro *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. La conciencia del hombre moderno, desarrollan un análisis en el que buscan dar cuenta, partiendo de supuestos teóricos de raíz fenomenológica, de la situación de los individuos y de sus referencias culturales, proponiendo descripciones y conclusiones que alumbran zonas de conocimiento distintas, pero vecinas, a las realizadas por los autores mencionados anteriormente. Para Berger y Luckmann, el pluralismo existente en las sociedades modernas, entendido como la simultaneidad de múltiples visiones interpretativas de la realidad social, operaría produciendo incertidumbre y crisis de sentido. Los grupos y los individuos se encuentran frente a las consecuencias de la complejidad de la vida social y sus anteriores certezas se ven afectadas, de modo principal, por el debilitamiento de las instituciones religiosas y estatales que habían sido productoras y proveedoras de significados para pensarse a sí mismos y al mundo circundante:

«La modernización entraña un aumento cuantitativo y cualitativo de la pluralización. Las causas estructurales de este hecho son ampliamente conocidas: el crecimiento demográfico, la migración y, como fenómeno asociado, la urbanización; la pluralización, en el sentido físico y demográfico; la economía de mercado y la industrialización que agrupan al azar a personas de los tipos más disímiles y las obligan a interrelacionarse en forma razonablemente pacífica; el imperio del derecho y la democracia, que proporcionan garantías institucionales para esta coexistencia pacífica. Los medios de comunicación masivas exhiben de manera constante y enfática una pluralidad de formas de vida y de pensamiento: tanto por medio de material impreso, al que la población tiene fácil acceso debido a la escolaridad obligatoria, como por los

¹¹ Al respecto, ver Alain Touraine, *Cómo salir del liberalismo*, Buenos Aires, FCE, 2000, cap. 4.

medios electrónicos más modernos. Si las interacciones que dicha pluralización permite establecer no están limitadas por «barreras» de ningún tipo, este pluralismo cobra plena efectividad, trayendo aparejada una de las consecuencias: las crisis «estructurales» de sentido».¹²

Berger y Luckmann, empleando categorías durkheimnianas, se preguntan si los individuos enfrentados a la crisis de sentido no tienen entre sus alternativas la creación de «instituciones intermedias... capaces de sustentar «pequeños mundos de la vida» de comunidades de sentido y de fe, y allí donde sus miembros se desarrollan como portadores de una «sociedad civil» pluralista. En los «pequeños mundos de la vida» los diversos sentidos ofrecidos por las entidades que los comunican no son simplemente «consumidos», sino que son objeto de una apropiación comunicativa y procesados en forma selectiva hasta transformarse en elementos de la comunidad de sentido y de vida».¹³

Parece importante destacar que los procesos de individualización que se registran en la época actual dan lugar a conductas egocentradas que no correspondería confundir con el encierro en el individualismo egoísta. Al respecto, la socióloga italiana Ota de Leonardis sostiene que: junto con el creciente proceso de fragmentación, e incremento del individualismo, existen cada vez más participantes en acciones u organizaciones de solidaridad social y que «la preponderancia de la solidaridad como hecho de conciencia es coherente con las tendencias actuales a enfatizar lo individual, lo subjetivo, las relaciones personales, en las que la dimensión organizativa e institucional de la sociedad es conducida nuevamente hacia el desempeño de un rol instrumental, a ser un medio para la realización del sujeto «postmoderno» que se refiere a sí mismo...».¹⁴ Por su parte, tanto Beck como Giddens tienden a destacar la formación de nuevas esferas de acción política, diferentes a la de los partidos tradicionales en crisis, en las que se innova en materia de autorrepresentación.

¹² Peter Berger y Thomas Luckmann, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 50 y 74. La individuación creciente y las contradictorias consecuencias de la creciente autonomía de las personas fue analizada por Gilles Lipovetsky observando que: «la nueva era individualista disgrega lazos sociales, deshace los encuadramientos familiares, disuelve los referentes religiosos y, de esa forma, favorece el desarrollo de las creencias más delirantes, el retorno del esoterismo, la flotación de las opiniones y las marginalidades sociales. La era del neonarcismo es aquella donde aparecen los *hoooligans*, las nuevas formas de marginalidad urbana,

la toxicomanía masiva, el terrorismo de las minorías nacionales y las sectas... El neoindividualismo significa el desgajamiento de las normas y los comportamientos tradicionales, el derrumbe de las ideologías revolucionarias y nacionalistas. Resulta entonces un tipo de individualidad de tendencia flexible, sin adhesiones profundas, más escéptica, más pragmática». Gilles Lipovetsky, «La revolución de la autonomía», en: Josefina Casado y Pilar Agudiez (comps.), *El sujeto europeo*, Madrid, 1991, p. 55.

¹³ Peter Berger y Thomas Luckmann, op. cit., p.117.

¹⁴ Ota De Leonardis, *In un diverso Welfare*, Milano, Feltrinelli, 1998, p. 63.

Las transformaciones argentinas

En las décadas recientes y, especialmente, a partir de los años '90, en la sociedad argentina se registraron profundas y rápidas transformaciones políticas, económicas y sociales que aquí explicaremos desde una perspectiva afín con las conceptualizaciones sociológicas expuestas precedentemente. Por cierto, los niveles de abstracción y de elaboración de esas contribuciones teóricas distan de conformar un cuerpo de pensamiento homogéneo y sus planteos están abiertos a los cambios propios de situaciones en curso y a los de las realidades empíricas tomadas como referencias. Los temas sobre los que versan dichas conceptualizaciones no son desconocidos en los estudios sobre la reciente, y circundante, realidad argentina, pero, en nuestra opinión, esos temas han sido tratados con el fin de realizar indagaciones o reflexiones sobre áreas determinadas, y, objetivamente, en sus recortes y enfoques preponderaron las búsquedas de las «crisis» o de las «decadencias». Ambas nociones expresan, usualmente, la idea de mal funcionamiento, provisorio o definitivo, y se preocupan más por lo que se va que por lo que llega. El abordaje que nos ocupa aspira, por el contrario, a captar la emergencia de un nuevo tipo de complejidad social haciendo el esfuerzo por conectar entre sí aquellos temas o problemas que aisladamente pueden tomarse como «crisis» o «decadencias» particulares. Esos recortes analíticos son, sin duda, pertinentes, pero dejan fuera las preguntas sobre la mutación de conjunto. Tendremos así: crisis de valores, crisis de autoridad, crisis de la prensa, crisis de representación, crisis de la educación, crisis del Estado, crisis de los partidos políticos, crisis de las tradiciones culturales, crisis del empleo, crisis de las creencias religiosas, crisis de la familia, crisis de la juventud, etc., y la lista es, prácticamente, inagotable. Valorables, los resultados obtenidos no consideran los nexos entre todas las crisis o bien realzan las novedades de la analizada y tienden a pensar como si el resto funcionara como un entorno normal. Un caso típico son las muy buenas explicaciones sobre la «crisis del empleo» que proponen soluciones centradas en la acción estatal, ignorando la «crisis del Estado» y su consiguiente incapacidad para desarrollar iniciativas ante los problemas de la estructura ocupacional.

La modalidad argentina de globalización pasiva

La Argentina se encuentra entre los países que, ocupando posiciones secundarias en el sistema mundial, siguió lo que denominamos la vía de globalización pasiva o subordinada, es decir, abrió totalmente su economía y sus esferas culturales a las iniciativas de los poderosos actores e intereses internacionales que se ex-

panden activamente en el mundo actual. Si bien es cierto que todos los países que participan de los procesos de globalización ven deteriorar las capacidades de intervención o de regulación de sus Estados en distintos dominios, en los que siguen la vía pasiva, el retroceso estatal es aún mayor, pues deben profundizar su subordinación para adaptarse a las exigencias de los inversores y de los organismos internacionales. Así, por ejemplo, suprimen en materia social anteriores políticas públicas de protección de los asalariados, que, supuestamente, dificultan la competitividad mundial de sus producciones, reales o esperadas. Los déficit fiscales de los Estados nacionales que por el debilitamiento de sus capacidades políticas y burocráticas tienden a perder poder de recaudación tributaria, en no pocos casos, se resuelven, como sucedió en el argentino, solicitando préstamos a los capitales financieros internacionales con el consecuente incremento de las deudas externas. En la medida que los Estados disponen de menor poder en la negociación internacional, los actores e intereses internos y externos beneficiados con la inserción pasiva en los procesos de globalización tienden a utilizar su influencia en las decisiones públicas para hacer recaer sobre la mayoría de la población las consecuencias negativas de la modalidad de participación en el sistema económico mundial. Por otra parte, las restricciones económicas y presupuestarias, denominadas «políticas de ajuste», imposibilitan, como ocurre en la Argentina, la modernización científica y educativa, limitando la formación de los recursos profesionales indispensables para acceder a lo que se suele denominar la «sociedad de conocimiento». Si tenemos presente, como afirma Castells, que el control y utilización de nuevas tecnologías informáticas son vitales en la época actual, la vía pasiva augura la casi marginación de los países que la adoptan. En el caso argentino, los indicadores que mejor reflejan las mencionadas tendencias son los bajos presupuestos públicos en educación y en desarrollo científico y tecnológico. El verdadero círculo vicioso en el que entran los países que siguen procesos de globalización pasiva se revela en el pensamiento de sus elites dirigentes, públicas y privadas, cuando recomiendan los recortes o ajustes de los presupuestos educativos y para el desarrollo científico y tecnológico, argumentando que se trata de gastos no prioritarios.

El proceso de globalización pasiva seguido por la Argentina tuvo como características principales: 1. que se realizó en una situación en la que el Estado no disponía de capacidades políticas, burocráticas y técnicas para ejercer un mínimo control sobre las inversiones, empresas y flujos de comercio exterior cuyas presencias se ampliaron con la apertura de la economía; 2. que la situación de crisis estatal que el país conocía desde hacía muchos años¹⁵ se agravó al su-

¹⁵ Al respecto ver Ricardo Sidicaro, *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, EUDEBA/Libros del Rojas, 2003.

marse a los efectos de debilitamiento de los estados-nación que normalmente se registran con los procesos de globalización y que presentan un grado aún mayor cuando se entra en la vía pasiva. De más está recalcar que en el caso ver-náculo la liberalización de la economía se acompañó, y estimuló, con la renuncia del control nacional de la política monetaria bajo el denominado régimen de convertibilidad cambiaria fija, lo que hizo depender la emisión de la moneda nacional de los montos de divisas, préstamos o inversiones, obtenidos en la plaza local o en los mercados internacionales de dinero;¹⁶ 3. que los grandes intereses empresarios nacionales carecían de capitales y/o de interés para hacer frente a la competencia externa, o bien adoptaron la estrategia de vender sus activos, lo que condujo a una creciente extranjerización de la propiedad de los establecimientos nacionales, en tanto que la privatización de las empresas públicas, acentuó, simultáneamente, esa tendencia y eliminó los mecanismos estatales que en otros momentos habían servido para imponer orientaciones al desenvolvimiento económico y social.

Los procesos de globalización, elemento central de la Segunda Modernidad, siempre introducen múltiples efectos de desestructuración en los sistemas de relaciones sociales de la época precedente, pero esos efectos se vieron ampliados en el caso argentino por la ausencia de capacidades estatales y de iniciativas políticas para tratar de contrarrestar las consecuencias más negativas para la población en general y para los asalariados y los sectores más pobres en particular. Si bien, la tendencia a la disminución de los puestos de trabajo forma parte de la nueva etapa de la modernidad en todos los países occidentales, en la Argentina las manifestaciones del fenómeno se hallaron ampliadas por la manera en que la privatización de empresas públicas y la apertura de la economía dislocó la estructura ocupacional, generando tasas de desempleo de niveles desconocidos. Los elevados porcentajes de desocupación sólo en parte fueron debidos al impacto modernizador de las nuevas tecnologías y de la mayor racionalización de los procesos de trabajo. Las empresas estatales suprimieron empleos como resultado de la subordinación de las decisiones públicas a los intereses o imposiciones de los adquirentes o concesionarios internacionales; en tanto que el sector privado achicó en buena medida sus plantas de asalariados aplicando nuevas reglamentaciones de flexibilización laboral solicitadas por sus corporaciones y grandes empresas. El conjunto de los cambios mencionados, sin ser los únicos, fueron los que más incidieron en la definición de una nueva distribución de la población en sectores sociales en la que las situaciones ocu-

¹⁶ Al respecto, ver Rubén Lo Vuolo, *Alternativas. La economía como cuestión social*, Buenos Aires, Altamira, 2001.

pacionales degradadas y empobrecidas o, directamente, de marginación, no pueden pensarse como una «crisis» sino que expresan una verdadera mutación de la topografía social del país.

La transformación de la estructura social se realizó, también, por «arriba» con la extranjerización de la propiedad de importantes empresas y la realización de inversiones internacionales en todos los sectores de la actividad económica. Por otra parte, desde los años '90, los actores socioeconómicos transnacionales asumieron un creciente poder sobre las tomas de decisiones públicas, en buena medida, haciendo valer la condición volátil propia del capital globalizado, en tanto que la asimetría creada por la deuda externa daba al capital financiero, nacional y mundial, una situación estratégica para definir, por acción u omisión, las orientaciones y los riesgos inmediatos y estructurales de la economía argentina. El modus operandi y las consecuencias de la implantación de ese tipo de agentes del capitalismo globalizado fue analizado, en sus rasgos generales, por Zygmunt Bauman comparándolos con los de los terratenientes absentistas de otras épocas, que allí donde se establecían sólo se preocupaban por extraer ganancias y carecían casi completamente de vínculos que los ligaran a las poblaciones locales y a su futuro. Ante el agotamiento de las condiciones favorables para obtener beneficios, se puede considerar que el horizonte de posibilidades es, por cierto, todavía mucho más amplio para los nuevos empresarios absentistas.¹⁷

La declinación de los partidos

A la manera ineficiente, arbitraria y clientelista de operar de los aparatos estatales argentinos, sobre los que desde hacía mucho tiempo se sospechaba y denunciaba sus prácticas corruptas, se agregaron en las décadas recientes los deterioros derivados de la globalización pasiva. Resulta difícil acotar desde cuándo múltiples funciones estatales se encontraban atrapadas por una red de intereses corporativos, empresariales y sindicales que desvirtuaban sus objetivos en dominios tales como la salud, la educación, la protección de la infancia, el respeto de las leyes sociales, la formación profesional para el empleo, la seguridad de las personas mayores, etc. Frente a esos problemas, el dinamismo de la sociedad hizo que surgieran iniciativas para formar asociaciones –de orígenes distintos pero cuya finalidad era cubrir o dar respuestas a los vacíos dejados por los poderes públicos–. Creció así la convicción de que el Estado no estaba en condiciones de mejorar su eficacia y, contradictoriamente, la queja por la falta de acción estatal para la protección del bien común. Por extensión, las críticas

¹⁷ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 18.

a los dirigentes políticos no fueron una novedad de los años recientes, pero anteriormente según las ideologías y sensibilidades sectoriales, las objeciones apuntaban a algunos partidos y no a otros.

Tal como lo hemos expuesto, los países occidentales, en la etapa de la Segunda Modernidad, presentan entre sus rasgos compartidos la declinación de la legitimidad social antes acordada a las instituciones estatales de representación de la ciudadanía y a las organizaciones partidarias. Lo que, en términos de Touraine, es la transformación de los partidos políticos en agencias electorales es, según sostienen varios de los autores que se ocuparon del tema, un proceso que debe relacionarse con los demás cambios registrados simultáneamente en las sociedades. Al igual de lo que sucede en otros contextos nacionales, es pertinente preguntarse en qué medida lo sucedido en la Argentina con el reconocimiento público de los representantes se asocia con el incremento de la reflexividad social, así como con las consecuencias de la destradicionalización registrada en distintos órdenes de la vida y con la consiguiente expansión de la subjetividad y de la autonomía cognitiva y de decisiones de los individuos. Agreguemos que privilegiamos poner el foco de atención en la sociedad, desestimando una ocasional disminución de las cualidades de los dirigentes políticos recientes y actuales en comparación con aquellos más apreciados socialmente de períodos anteriores.

Para destacar los más importantes efectos que contribuyeron al cambio de las perspectivas evaluativas con respecto a los partidos políticos, cabe mencionar, en primer lugar, la modernización de amplios sectores de la población en materia política y cultural. En 1983, en el sistema político, se cerró el ciclo simplificador democracia-dictadura, y salieron de la escena los actores militares con su autoritarismo y sus acciones corporativas y sus prebendas, abriéndose una situación de libre ejercicio de los derechos políticos de la ciudadanía de una complejidad y duración desconocidas anteriormente. En el plano cultural, el sistema educativo y los medios de comunicación, más allá de sus insuficiencias y problemas, contribuyeron a la difusión de nuevos conocimientos, enfoques y opiniones en todos los sectores sociales. Junto con las reformas impulsadas con el retorno a la democracia, se acumularon en este ámbito los efectos de las nuevas tecnologías de información propias de la inserción en el proceso globalización cultural. Todos los cambios mencionados convergieron en la producción de nuevos puntos de vista sobre la sociedad y sus alternativas.

Las políticas económicas y de apertura pasiva al libre cambio global, trajeron como consecuencia altas tasas de desocupación y situaciones extremadamente difíciles para muchas personas, mientras que las nuevas normas de flexibilización laboral alteraron la seguridad y las rutinas de un conjunto aun más numeroso.

Sin embargo, esas carencias no sólo generan angustias individuales sino que, además, plantean nuevos desafíos, dilemas y opciones a quienes se ven obligados a profundizar sus reflexiones, individual y colectivamente, sobre las causas y el futuro de sus situaciones. El cuestionamiento de las tradiciones políticas y sindicales a las que se pertenecía «desde siempre» y la voluntad de asumir una participación activa en nuevos espacios de participación mostró, en los años '90, un salto de los niveles de reflexividad social de los sectores más pobres o excluidos. No faltaron, tampoco, aquellos que se hallaban en los deciles más favorecidos de la distribución de ingresos y que vieron, primero, expandir sus horizontes geográficos y culturales merced a la política de convertibilidad monetaria del decenio de 1990 y, luego, se consideraron estafados económica y emocionalmente cuando por decisión oficial se les retuvo ilegítimamente sus depósitos bancarios al quebrarse el «modelo»; en los momentos buenos y en los malos, no es arriesgado afirmar que dichos sectores ganaron en reflexividad social, individual y colectiva.

La vigencia del régimen democrático estimula las exigencias dirigidas a los partidos de las personas conscientes de sus derechos. En las dos décadas recientes los partidos parecieron no poder acompañar la modernización reflexiva de buena parte de la sociedad argentina. Si en los países más desarrollados económicamente y con menos privaciones en materia de consumo, los estudios y encuestas muestran periódicamente la disconformidad de la población con sus partidos e instancias representativas, eso sucedió con más motivos en el caso local. Si bien el nexo explicativo entre las particularidades del modo de globalización seguido no fue el único factor en presencia, la acumulación de las consecuencias de la vía pasiva jugó un papel significativo al respecto.

Es fácil observar que en muchos países occidentales, los partidos de la Segunda Modernidad se han convertido en agencias electorales pero, por lo general, consiguieron mantener los debates internos y avizorar los riesgos electorales y de pérdida de legitimidad ante la ciudadanía. Nada de eso pareció suceder en el caso argentino: los partidos más viejos, que desembocaron en agencias electorales, no se distinguieron de los nuevos que se iniciaron como tales, unos y otros revelaron participar de verdaderas «culturas políticas» nacionales, entendidas en el sentido de Sidney Verba,¹⁸ que obvian las discusiones públicas de sus propuestas, fijan sus estrategias en estrechos conciliábulos y honran a los jefes y pequeños jefes de predicamento parroquial en los que depositan la conducción de los asuntos partidarios. Ese modo de actuar de los dirigentes argentinos era más aceptable para la ciudadanía menos reflexiva de la Primera

¹⁸ Sidney Verba, «Comparative Political Culture», in Lucien Pye and Sidney Verba, *Culture and Political Development*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1965, p. 545.

Modernidad, que con sus tejidos sociales más compactos producían creencias más estables; en nuestros días la situación es totalmente distinta y los lazos sociales fragmentados no facilitan las ilusiones políticas prolongadas.

En fin, entre los tantos aspectos que con los procesos en curso se modificaron en el juego político argentino existe uno que, seguramente, puede dar lugar a reflexiones sobre las posibles derivaciones de la situación incierta del período en que se redactan éstas consideraciones sociológicas.* La acción política de los actores que, de un modo u otro intenten revertir los efectos más negativos socialmente dejados por la entrada de la Argentina en la nueva época, difícilmente podrán contar en un futuro próximo con los aparatos de Estado, cuyas capacidades de gestión políticas, burocráticas, técnicas y económicas se hallan extremadamente debilitadas. Por su parte, los actores socioeconómicos predominantes, con la nítida primacía de los grandes intereses absentistas, tienen como programa objetivo y explícito continuar el proceso de declinación estatal y de desarticulación de los lazos de integración social. Las eventuales, y escasas, convocatorias a la sociedad que se realizan para restañar dicha integración, formulada por viejos o nuevos dirigentes políticos y sociales, chocan con los efectos de la fragmentación social. En los bordes de la arena política oficial, las demandas sociales de los más perjudicados de esta etapa histórica oscilan entre la cooptación y los enfrentamientos contra adversarios casi invisibles. La reflexividad social, con las distintas formas de los sujetos, individuales y colectivos, de asumir su representación dista, todavía, de dar señales de cómo serán las nuevas orientaciones políticas, si bien se puede vislumbrar que la lucha por la definición y el control de ideales éticos tiende a ocupar un lugar de significación creciente en el campo político.

Alternativas y soluciones en el nuevo paradigma

Los diferentes autores que desarrollaron aportes que consideramos convergentes en la construcción de un nuevo paradigma para pensar la etapa actual de la modernidad occidental formularon reflexiones e interrogantes importantes sobre los posibles modos de desenvolvimiento de los conflictos sociales y políticos. La relevancia social de las cuestiones estudiadas impulsó a dichos científicos sociales no sólo a abordar los grandes cambios del último cuarto de siglo, sino, además, a imaginar y proponer, más o menos abiertamente, eventuales alternativas de acción a partir de las tendencias constatadas en el plano de las estructuras y de los actores. Así, tanto sus observaciones sobre las nuevas realidades nacionales y mundiales, como sobre la declinación de la

*N/E El Autor realizó una última revisión del texto en marzo de 2003.

legitimidad de las instituciones de representación política y, más en general, sobre las transformaciones de la subjetividad, fueron la materia prima de sus reflexiones sociológicas orientadas a indicar posibles cursos de acción de los actores sociales y políticos que, bajo múltiples aspectos, se hallaban desconcertados, al sentir difusa o claramente, que se había producido una metamorfosis de lo hasta entonces conocido.

En la tradición sociológica iniciada por los clásicos la preocupación por las soluciones se añadió, de un modo u otro, a la formulación de las explicaciones, y con niveles distintos de intención prospectiva, se encuentran en casi todas las obras de los «padres fundadores» las alarmas y las sugerencias acerca de cómo evitar las consecuencias estimadas negativas para las sociedades estudiadas. En tanto continuadores del pensamiento de la Ilustración, los primeros sociólogos mantuvieron los nexos entre la generación de conocimientos y la vocación de producir visiones sociales útiles para sus contemporáneos. La célebre afirmación de Emilio Durkheim «no se puede encontrar nada en la sociología cuando no se quiere algo en la sociedad», fue la síntesis de una perspectiva del mencionado autor que se esforzaba en distinguir permanentemente las prácticas del campo de la ciencia con respecto al de las doctrinas o ideologías, pero que dado su rigor de sociólogo del conocimiento no podía obviar la clave que, demás está recordarlo, daba motivaciones y sentidos a su propia obra. La posición de Durkheim sobre la utilidad de la sociología guarda continuidad en los autores que se ocupan de nuestra modernidad radicalizada.

La dificultad para proponer eventuales soluciones generales para los problemas de la nueva época se revela en la cautela con que se suelen enunciar esas alternativas y en acotar a sus posibles actores. No es sorprendente que quien más se aventuró en el diseño político de una nueva vía, Anthony Giddens, haya sido objeto de las mayores críticas provenientes desde dentro y desde fuera de las ciencias sociales.¹⁹ La característica fuertemente normativa de las soluciones propuestas por otros autores revela, por su parte, las improntas culturales propias de las ciencias sociales de los países a los que pertenecen. La frontera difusa entre sociología y filosofía, y las preguntas sobre la realización de la razón, componente significativo de la tradición cultural alemana no es ajena a la solución predicada por Jürgen Habermas en su conferencia conocida con el nombre *¿Aprendemos de las catástrofes? Diagnóstico y retrospectiva de nuestro breve siglo XX*, donde postulaba la necesidad de «la urgente formación de una solidaridad civil universal».²⁰ La propuesta de Habermas es coherente con sus

¹⁹ Al respecto ver la defensa que Anthony Giddens formula de sus ideas en *La tercera vía y sus críticos*, Madrid, Taurus, 2001.

²⁰ Revista *Nexos*, México, agosto, 1998.

planteos políticos respecto a la sociedad alemana impulsando lo que denomina la realización del derecho o la solidaridad y cohesión social asociada al patriotismo de la Constitución, que no parece trasladable fácilmente a los escenarios de relaciones mundiales caracterizados por sus asimetrías.

La nueva realidad constituida por el desarrollo de la reflexividad social instaló nuevos participantes en los procesos de tomas de decisiones públicas. Los movimientos sociales y las más disímiles organizaciones dedicadas a construir nuevas escenas de representación pública aparecen en todos los autores que piensan la etapa actual de la modernidad, como nuevos sujetos que, sin sustituir a los de formatos partidarios, ya ocupan un lugar en los debates y cuyas iniciativas tenderían a obtener creciente legitimidad y reconocimiento.²¹ Por cierto, en condiciones en que declina la legitimidad de las instituciones representativas, las distintas formas de movilización social, incluidas las acciones colectivas de desobediencia civil, no pueden considerarse idílicamente como vías de renovación democrática, percepción que hubiesen tenido los cultores de los imaginados topos de la historia y de las visiones optimistas del progreso político y social. Como sostiene Alain Touraine, el desenvolvimiento de una cultura democrática «definida en primer lugar como el reconocimiento del otro»²² es lo que puede preservar a las sociedades de nuestra época de las tentaciones autoritarias, que ante la creciente heterogeneización añoran la reconstrucción de orientaciones de sentido tranquilizadoras y con sus certezas inequívocas.

Para Zygmunt Bauman, con las transformaciones de nuestra época, a la que designa como modernidad líquida, desaparecieron las condiciones de revoluciones sistémicas dado que «no existen edificios para alojar las oficinas del sistema que podrían ser invadidas y capturadas por los revolucionarios; y también porque resulta extraordinariamente difícil e incluso imposible, imaginar qué podrían hacer los vencedores dentro de esos edificios (si es que primero los hubiesen encontrado), para revertir la situación y poner fin al malestar que los impulsó a revelarse».²³ La discusión de Bauman con la imagen de la revolución socialista es, sin duda, sugerente de los problemas relacionados con la imposibilidad de reeditar los tipos de acción política de las épocas en las que dentro de las fronteras nacionales se alojaba el poder político, el poder económico y el control, eventual o real, de la dinámica de los cambios tecnológicos. La perspectiva del

²¹ Como sostiene Beck, «el fenómeno más sorprendente, llamativo y menos comprendido de los años ochenta es el inesperado renacimiento del subjetivismo político... Ahora bien, autoorganización no se refiere al tópico de las fuerzas sociales libres, sino que significa subpolítica: configurar la sociedad desde abajo. El lugar y el sujeto donde se define el bien común, donde se garantiza la paz pública y se mantiene la memoria histórica no están tanto dentro como fuera

del sistema político». Ulrich Beck, *La democracia y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 40.

²² Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, Buenos Aires, FCE, 1995, p. 166.

²³ Zygmunt Bauman, *La modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 11.

citado autor dista de proponer el elogio de lo existente y sus consideraciones sobre la realidad se articulan con propuestas que nada tienen en común con las resignaciones posibilistas; al respecto, un buen ejemplo es la solución que propone al problema de la merma de oferta de empleo, un rasgo estructural de la Segunda Modernidad. Sobre el tema del desempleo, Bauman asume la idea de Clauss Offe que supone que el «derecho a un ingreso individual puede ser disociado de la capacidad real de obtener un ingreso», criterio que incorpora las transformaciones de la sociedad y que no se agota en la repetición de las demandas de vuelta al pleno empleo en condiciones sociales que no lo pueden proporcionar.²⁴

Las posibilidades que tienen los distintos sectores perjudicados de la etapa actual de la modernidad para revertir su propia situación y la del conjunto de la sociedad, son defendidas por Alain Touraine desde un punto de partida que reconoce la vigencia actual de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo y las mayores condiciones que posee este último para captar la totalidad de la relación. Contra las concepciones que hacen de la exclusión social una desposesión total, Touraine reconoce las dificultades que tienen quienes se hallan en esas condiciones para convertirse en un actor activo y movilizado para lograr el reconocimiento de sus derechos, y vincula su eventual éxito político con la capacidad de no colocarse en el lugar de la privación, sino en el de la reivindicación de atributos positivos que le permitan hacer suyos objetivos y valores compartidos por sectores sociales mucho más amplios y con los que pueda identificarse la mayoría de la sociedad.²⁵ La reconstrucción de los tejidos sociales y de los sistemas de integración social parece constituir, ante el agotamiento de las ideas neoliberales que predominaron en el mundo en los pasados años '90, valores atrayentes para sectores que, en principio en el plano material, no se encontraron perjudicados por los efectos de la mutación societal registrada y que participaron de lo que, con Bauman, cabe llamar el progreso privatizado, cuyos costos individuales, sin embargo, no siempre les resultan claros, si bien aluden a ellos con una sensación y una palabra de época: inseguridad.

Por otra parte, los peligros originados y reforzados por el debilitamiento de las capacidades estatales ante lo que, especialmente Beck pero también otras vertientes que confluyen en el nuevo paradigma, caracterizan como los riesgos

²⁴ Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 1999, pp. 145-150; sobre el planteo de Clauss Offe, ver: «Pleno empleo ¿una cuestión mal planteada?», en: *Revista Sociedad*, N° 9, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, setiembre, 1996.

²⁵ En *¿Cómo salir del liberalismo?*, Buenos Aires, FCE, 2000, Alain Touraine presenta estas ideas que se encuentran en otras de sus obras recientes.

fabricados por la acción de los actores públicos y privados que se desentienden del bienestar general, configuran condiciones que llevan a la generalización de las incertidumbres de las que, prácticamente, nadie queda al margen. Ante los riesgos globales, la declinación de las potestades estatales plantea a las sociedades situaciones de peligro que afectan, sin distinciones sociales, al conjunto de la población. En este aspecto, puede afirmarse que la falta de actualización en la comprensión de la mutación social registrada en el curso del último cuarto de siglo, bloquea en parte la invención de nuevas políticas y la transformación de todos los actores y, lo que es más grave, deja librado el futuro de las sociedades al descontrol, fundado ya sea en la búsqueda egoísta de poder y/o de ganancias económicas, o bien en la mera impericia o en la ignorancia. En ese contexto, la solidaridad social adquiere un significado que trasciende ampliamente el viejo, y a menudo aristocratizante, sentido que tuvo en épocas pasadas en las que con argumentos válidos se la podía identificar con mecanismos destinados a restañar superficialmente las consecuencias de la asimetría y de la dominación social, pero que hoy se convierte en un valor susceptible de convocar individual y colectivamente a los sujetos desde una matriz nueva.

Por cierto, las perspectivas sobre las sociedades occidentales actuales y las alternativas y soluciones pensadas por los autores cuyas ideas nos interesaron abren múltiples preguntas sobre su pertinencia para analizar sociológicamente el caso argentino. Entendemos que el abordaje empleado permite situar conceptualmente y contextualizar empíricamente diversos aspectos de los cambios vernáculos registrados, y acelerados, en el transcurso de la reciente década del '90, y proporciona un marco interpretativo que, en nuestra opinión, posee un alto potencial heurístico para producir nuevos conocimientos.

Registro bibliográfico

SIDICARO, RICARDO

«Consideraciones sociológicas sobre la Argentina en la Segunda Modernidad», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIII, Nº 24, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2003 (pp. 127-152).

Descriptores · Describers

globalización / legitimidad institucional / reflexividad social

globalization / institutional legitimacy / social reflexivity